

EL HOMBRE Y LA EVOLUCIÓN EN UN ORDEN DISTINTO DESDE LA
ANTROPOLOGÍA FILOSÓFICA DE MAX SCHELER

LUIS MIGUEL ALZATE BOTERO

**Trabajo de grado para optar al título de profesional en filosofía y licenciado en filosofía y
letras**

Asesor

ANDRÉS FELIPE LÓPEZ LÓPEZ

Postdoctorado de Investigación en Ciencias Sociales, Niñez
y Juventud

UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA
ESCUELA DE TEOLOGÍA, FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
FILOSOFÍA Y LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
MEDELLÍN

2021

21 de septiembre de 2021

Luis Miguel Alzate Botero

“Declaro que este trabajo de grado no ha sido presentado con anterioridad para optar a un título, ya sea en igual forma o con variaciones, en esta o en cualquiera otra universidad”. Art. 92, párrafo, Régimen Estudiantil de Formación Avanzada.

A handwritten signature in black ink, reading "Luis Miguel". The signature is written in a cursive style with a horizontal line underneath the name.

CONTENIDOS

RESUMEN.....	1
INTRODUCCIÓN.....	2
LA EVOLUCIÓN VISTA DESDE LA ANTROPOLOGÍA FILOSÓFICA DE MAX SCHELER.....	4
1. IMPULSO AFECTIVO.....	4
2. EL INSTINTO.....	6
3. LA MEMORIA ASOCIATIVA.....	8
4. LA INTELIGENCIA PRÁCTICA.....	10
5. EL ESPÍRITU.....	11
LA ANIMALIDAD EN EL HOMBRE, TEMATIZADA DESDE LA ANTROPOLOGÍA FILOSÓFICA DE MAX SCHELER.....	14
LA RELACIÓN DEL HOMBRE CON LA NATURALEZA.....	21
CONCLUSIONES.....	26
BIBLIOGRAFÍA.....	28

RESUMEN

En el transcurso de la historia se ha difundido mayoritariamente una opinión que hace un énfasis exagerado en la diferencia entre el hombre y el animal, y que los ubica en lugares diametralmente opuestos en el cosmos; de manera que se han planteado todo tipo de ideas que definen al hombre como algo completamente superior. Sin embargo, en pocas ocasiones las personas del común han mirado al hombre como un ser perteneciente al reino animal, que de allí proviene, y que ha sido a través de la evolución que ha llegado a su posición actual. Pero resulta que muchos de los comportamientos humanos se pueden explicar al mirar su propia animalidad, y si miramos a esta de manera menos despectiva, podemos no solo descubrir nuevos aspectos en el hombre, sino también entenderlo mejor, desde nuevas perspectivas, y podemos cambiar de paradigma, ya no viendo al hombre como ser dominador del mundo, sino como ser en el mundo, es decir: ya no como ser que sobrexplota el mundo, sino como ser consciente de que está en el mundo y por tanto también es guardián de este. Max Scheler, desde su antropología filosófica, nos deja ver cómo el hombre ha llegado a ser hombre a través de una serie de procesos evolutivos, y nos permite ver también cómo ha llegado a niveles a los que ningún otro ser vivo ha llegado, por lo que el hombre no debe ser verdugo del mundo, sino concientizarse de su lugar en este.

PALABRAS CLAVE: EVOLUCIÓN; ANTROPOLOGÍA; ESPÍRITU; CULTURA; VIDA; HOMBRE; NATURALEZA.

INTRODUCCIÓN

La vida, aquello en lo cual los seres “no solo son objetos para los observadores externos, sino que poseen además un ser para sí, un ser íntimo, en el cual se hacen íntimos consigo mismos”¹, ha sido en este planeta un proceso constante en el cual se ha hecho cada vez más compleja y variada. Cuando esta apareció, lo hizo en la forma de microorganismos unicelulares básicos, que interactuaban con el medio, y con el paso del tiempo se fueron multiplicando y fueron variando más. En cuestión de aproximadamente tres mil ochocientos millones de años², la vida, lo que parecía un milagro, ha poblado cada rincón del planeta, y no se presenta de la misma manera que lo hizo al principio, sino en proporciones desde las más minúsculas hasta las más titánicas, en formas muy básicas y en formas demasiado complejas. La aparición de la vida fue producto de sucesos lentos, complejos y complicados, e igual ocurre con su sostenimiento. Basta con echar un vistazo, por ejemplo, de cuántas semillas produce un árbol, contra cuántas de ellas llegan a formar un árbol adulto; o cuántas tortugas marinas nacen en una playa cada año, contra cuántas llegan a su edad adulta. La vida en la tierra debe mirarse a los ojos de los procesos evolutivos, que nunca han cesado, y de donde los seres vivos de la actualidad provenimos, pues las especies “no han sido independientemente creadas, sino que han descendido, como las variedades, de otras especies”³.

El hombre hace parte de ese proceso evolutivo, es consecuencia de él, no pudo haber surgido de la nada en toda su complejidad. Y aunque durante la historia humana

¹ Max Scheler, *El puesto del hombre en el cosmos*. (Madrid: Revista de Occidente, 1936), 18.

² Michael Madigan et al. Brock, *Biología de los microorganismos*. (Madrid: Pearson educación, 2009), 7.

³ Charles Darwin, *El Origen de las Especies*. (Bogotá: Comcosur, 2017), 8.

el hombre usualmente se ha mirado como algo aparte y superior a la naturaleza, negar su vínculo con esta implica ignorar muchos de los aspectos de la humanidad, pues en aquella se fundamentan, a partir de aquella se explican.

El hombre, al pensarse como ser superior y diferente, ha explotado y transformado a su antojo el entorno que le rodea, sin medida y sin prever las consecuencias, y aunque esto ha sido favorable para su propia evolución, ya no tanto física sino más bien cultural y social, ahora está viendo reflejadas esas consecuencias en el deterioro prematuro del planeta, en la extinción injustificada de las otras especies.

Es necesario que en el movimiento ecologista que se vive en la actualidad, el hombre haga énfasis en su naturaleza, que vislumbre la complejidad de la vida, que vuelva su mirada a los resultados de la evolución, y se vea como parte de ella. Por eso es importante el aporte de Max Scheler a la antropología filosófica. Él, a partir de los estudios científicos de la época, ha hecho una reflexión filosófica de lo que estos implican y no se ha limitado a exponer los procesos físicos de la evolución, sino que ha ahondado en esas transformaciones esenciales, ha expuesto cómo el ser se ha hecho cada vez más capaz, más consciente durante este proceso, y así podemos entender mejor la naturaleza, y la naturaleza humana.

LA EVOLUCIÓN VISTA DESDE LA ANTROPOLOGÍA FILOSÓFICA DE MAX SCHELER

La vida durante su proceso evolutivo ha adquirido ciertas capacidades que Scheler llama psicofísicas, en las cuales las interacciones entre un individuo y otros, y entre aquel y el medio se vuelven más complejas, y cada grado es resultante de un nivel mayor de evolución, por lo que se presenta cierto pico de botella, en el cual se va notando la selectividad en cada nuevo grado, es decir, de cada nuevo grado participan menos especies, solo aquellas que han sido llevadas hasta allí por la necesidad de hacerse más complejas para poder sobrevivir.

Scheler habla de cinco grados del ser psicofísico, y en cada uno de ellos describe cómo ha cambiado la forma de *ser* de las especies a medida que transcurre el tiempo y que la evolución les impulsa a vivir de maneras cada vez menos automáticas. Estos grados son:

1. IMPULSO AFECTIVO

El primero de los grados del ser psicofísico que expone Scheler es el impulso afectivo, es tan básico que en la mayoría de las especies ya ha sido subsumido por otros grados. Solo algunos organismos antiguos, como bacterias, hongos y plantas participan de él de manera exclusiva.

Como la misma palabra ‘impulso’ indica, en él no se distinguen todavía el ‘sentimiento’ y el ‘instinto’ que, como tal, tiene siempre una orientación y finalidad específica ‘hacia’ algo, por ejemplo, hacia el alimento, hacia la satisfacción sexual, etc. Una mera ‘dirección hacia’ y ‘desviación de’ (por

ejemplo, de la luz), un placer y un padecer sin objeto, son los únicos dos estados del impulso afectivo.⁴

Esta es entonces la forma en la cual aquellos organismos antes mencionados experimentan una especie de movimiento, pero un movimiento casi automático, sin lo más mínimo de conciencia, o de algún tipo de sensación, orientado hacia las necesidades básicas de supervivencia, como tender a la luz, ser químicamente atraído y mecánicamente transportado hacia ello, o adquirir colores y aromas que atraigan a los polinizadores.

Pero a pesar de no haber lo más mínimo de conciencia o de movimiento autónomo, no podemos negar que estos seres carezcan de vida, por el contrario, es vida en su carácter más fundamental. Para poder hablar de vida se requiere, entre otras cosas, pero de manera básica, de un ser orgánico que interactúe con su medio para obtener alimento de él, y que tenga la capacidad de reproducirse. Al no haber intención en procariontas, hongos o plantas, la dirección de este grado del ser, del impulso, es netamente hacia afuera, carece de toda interioridad, de todo proceso interior; la planta no tiene la capacidad de percibir el mundo exterior, lo que recibe de él lo recibe de manera automática, sin buscar, sin decidir, sin descartar o escoger, simplemente lo recibe porque no puede rechazarlo, no implica el más mínimo grado de reflexión. La planta no tiene sensaciones, que son el reflejo de una direccionalidad hacia el interior, y que son las que promueven el posterior desarrollo de la conciencia.

Los vestigios de este impulso afectivo los encontramos en el hombre en nuestras reacciones inmediatas a las sensaciones, pues son una respuesta a la recepción de algo exterior, como el despertar del sueño al percibir la luz, o el impulso a alimentarse o a

⁴ Scheler, El puesto del hombre en el cosmos, 18-19.

reproducirse. Además, también es “esa primaria sensación de resistencia, que constituye la raíz de toda posesión de ‘realidad’ y ‘efectividad’ y en especial la raíz de la unidad y la impresión de la realidad, que precede a todas las funciones representativas”⁵. De manera que es el impulso afectivo el que, en primera instancia, aterriza al hombre en la realidad, le ayuda a formarse una imagen objetiva de ella, le permite percibirla como se muestra, para que él, luego, realice sus interpretaciones y se forme su propia imagen del mundo.

Ahora, Scheler nos aclara cómo se relaciona este grado con el siguiente, el instinto, al afirmar que: “El empuje general de crecimiento y reproducción, contenido en el ‘impulso afectivo’, es lo único que hay en la planta de eso que llamamos vida instintiva en los animales”.⁶

2. EL INSTINTO

El siguiente grado es el instinto, el cual Scheler relaciona con la conducta, la cual es objeto de una observación externa y una posible descripción. Se caracteriza porque tiene una relación de sentido, tiende hacia un fin y es consecuencia de otras acciones; también transcurre con cierto ritmo en la especie, aún independiente de la experiencia previa del individuo; son acciones que responden sólo a situaciones importantes para la especie, no para el individuo. También son rasgos innatos y hereditarios, y, por último, su conducta es independiente de la cantidad de ensayos realizados por el individuo.

En este grado participan los animales, y se refiere sobre todo a aquellas conductas casi automáticas, programadas genéticamente, que realizan los individuos y que son características de su especie. No hay la menor conciencia en estos actos, pero implican reflejos y son más complejos que el impulso afectivo. Se nota una mayor evolución en este grado, pues implica la

⁵ *Ibid*, 26.

⁶ *Ibid*, 21.

reacción del individuo y una relación más directa con el medio, además que se hace necesario el uso de los sentidos y las sensaciones para reaccionar. El instinto es un movimiento automático diferente al de las plantas, pues es un movimiento que se da como respuesta a determinadas situaciones, mientras que el impulso afectivo ocurre de por sí, consecuencia de estímulos específicos.

A partir del instinto es que el individuo confronta por primera vez al mundo, interactúa con él, y esta interacción se hace fundamental para su aprehensión, para entrar en relación consciente con él. La interacción con el mundo que se da a partir del instinto es diferente a la que se da a partir del impulso afectivo. Mientras que este último apunta hacia afuera para percibir los estímulos ambientales (no supera la afección), en el instinto ya hay cierto grado de intencionalidad, de dirección, principalmente hacia adentro, al ser una recepción del mundo. Esto es muy importante para que después pueda generarse la voluntad, y es la primera forma de una capacidad de decidir sobre esos movimientos mecánicos: en qué dirección desplazarse, o qué alimento consumir o con qué pareja copular.

El instinto aún se evidencia en el hombre en la manera de los movimientos involuntarios que realizamos, y que parecen accidentales, como gritar ante una situación inesperada, como reflejo de los antepasados primates que hacían ruido para advertir al resto de la manada; o brincar a consecuencia un susto, como lo hacían aquellos para subirse a los árboles en busca de refugio. También el miedo a la oscuridad, consecuencia a nuestra incapacidad de ver en ella. Incluso podría decirse que los prejuicios son instintivos, pues reflejan un miedo a lo diferente, a lo desconocido, que podría parecer amenazante para el orden preestablecido y que aparentemente ha funcionado bien, y que salirse de ese orden luciría como riesgoso para la especie.

Aunque la parte instintiva del hombre no sea tan fuerte, pues se ha valido más de la reflexión que del reflejo, esta parte aún sigue presente en él, y le mantiene conectado con el mundo animal, y puede ayudarle a mantener comportamientos necesarios y sanos, como el impulso por mantener la especie, al rechazar el asesinato, o al querer reproducirse, a partir de lo cual se desarrolla toda la sexualidad del hombre; o el famoso instinto materno que ayuda a las madres primerizas en su acción de cuidar correctamente a su bebé.

El instinto abre la puerta para un nuevo grado del ser: “Dijérase, pues, que lo que en el instinto es rígido y ligado a la especie, se hace móvil e individualizado en la inteligencia”⁷. Sin embargo, entre ambos hay otro grado.

3. LA MEMORIA ASOCIATIVA

El siguiente nivel es la memoria asociativa:

Debemos atribuirla únicamente a los seres vivos, cuya conducta se modifica lenta y continuamente en forma útil a la vida, o sea, en forma dotada de sentido, y sobre la base de una conducta anterior de la misma índole, de suerte que la medida en que su conducta nos aparece con sentido en un momento determinado, está en rigurosa dependencia respecto del número de ensayos o de movimientos llamados de prueba.⁸

Este nivel es notoriamente consecuente con el instinto, y denota un cierto, aunque sea muy básico, nivel de conciencia, pues los actos bajo esta forma de conducta ya no son automáticos, y requieren de cierto ejercicio constante que permitan aprender, dominar y perfeccionar la acción. Se requiere una interacción más consciente con el medio para así memorizarlo.

⁷ *Ibid*, 33.

⁸ *Ibid*, 35.

Se parte de una acción particular e individual, que aunque puede llegar a beneficiar a la especie, en un primero momento se orienta más en beneficio del individuo. Esta acción está sujeta al principio del éxito y del error, lo cual significa que a medida que esta acción se va repitiendo con constancia, a partir de los errores y de los éxitos que se tenga en dichos ensayos, la conducta se perfecciona y se aprende.

Los animales revelan el uso de esta memoria de diferentes maneras, más o menos complejas. Por ejemplo, un ave sabe volar instintivamente, solo requiere lanzarse del nido y automáticamente podrá hacerlo, pero requiere del ensayo y el error, de la memoria, para volar con más destreza. Por otra parte, una cría de chimpancé ve a los adultos utilizar ramas para obtener termitas de los termiteros, y a partir de esta observación y de la práctica, memoriza el procedimiento y lo perfecciona, hasta hacerse capaz de obtener sus termitas de manera efectiva. Notamos acá que la memoria asociativa se revela de manera más notable en los animales que han alcanzado un mayor desarrollo cerebral en su evolución, pues la memoria en estos seres tiende a separarse más del instinto, mientras que en aquellos con cerebros más básicos, es un reflejo del mismo instinto, una especialización de este. “La influencia del principio asociativo significa en la estructura del mundo psíquico la decadencia del instinto”⁹, el individuo se hace cada vez más autónomo, menos dependiente del concepto especie, se enfrenta a situaciones nuevas, particulares, no necesariamente vinculadas de manera directa con su grupo, algo atípico.

La memoria da paso a la tradición, como la tradición antes mencionada de la pesca de termitas por parte de los chimpancés. “El rebaño ‘aprende’ lo que los más adelantados hacen y puede transmitirlo a las generaciones venideras”¹⁰. De esto se puede inferir que en la memoria asociativa se encuentra un proto-origen de la cultura, pues en gran medida la cultura es una recepción de tradiciones, de idiosincrasias, de conductas determinadas por el grupo étnico y

⁹ *Ibid*, 41-42.

¹⁰ *Ibid*, 40.

social en el que el individuo se cría. El individuo percibe las formas de su ambiente social, las aprende, las memoriza y se apropia de ellas, y es así como se adueña de su cultura específica.

Otra manera en la que se demuestra el vínculo del hombre con la cultura es que “nuestra vida psíquica va produciendo cada día enlaces más puramente habituales de representaciones y de formas de la conducta”¹¹, que con el pasar del tiempo terminan por volverse rituales, y que luego se realizan por costumbre.

4. LA INTELIGENCIA PRÁCTICA

El siguiente nivel es la inteligencia práctica, en la cual no participan procariotas, plantas ni muchas especies animales, pues solo acceden a ella los hombres y las especies con un mayor desarrollo cerebral, de donde podemos ver un carácter excluyente en la evolución, pues se otorgan beneficios solo a los que, según sus necesidades, se adaptan.

En principio está todavía orgánicamente condicionada. Enlazadas estrechamente con ella aparecen la facultad y la acción de elegir y la facultad de preferir entre los bienes o entre los compañeros de especie, en el proceso de la reproducción (comienzos del eros).¹²

Esta es una conducta compleja, que se separa de la memoria, pues es resultado de situaciones nuevas, es decir, que es una conducta más espontánea, y es una conducta siempre con sentido, en la cual el individuo puede hallar nuevas soluciones a problemas, y se perfecciona la relación entre el individuo y el medio, pues este adquiere la capacidad de ubicarse en su contexto, más allá de solo desenvolverse en él. A demás debe ser una conducta novedosa, no derivada, súbita, que responde a hechos también nuevos.

Es un pensamiento productivo, a diferencia de la memoria que es un pensamiento reproductivo. Lo que implica aquella novedad, aquella capacidad de encontrar nuevas

¹¹ *Ibid*, 38.

¹² *Ibid*, 44.

soluciones, soluciones diferentes a variedad de problemas. En este grado se ubica la capacidad de crear herramientas, la capacidad de generar estrategias, la capacidad de una cierta autodeterminación, por ejemplo, a la hora de permanecer o no en una manda, de escoger cierta pareja o acercarse a determinados miembros del grupo.

La inteligencia es una nueva forma de afirmar el individuo de manera independiente a la especie, es fuente de gran adaptabilidad, la cual es fundamental a la hora de la supervivencia, en especial en situaciones límite.

El hombre es el ser que más ha desarrollado su inteligencia, tanto que aún se pone en tela de juicio el hecho de que ciertas especies posean inteligencia. El hombre, desde sus orígenes, ha estado en permanente proceso de creación, de producción técnica e intelectual, creando tanto herramientas como teorías, interpretando, analizando, imaginando, proyectando; cosa que los animales, aún los más cercanos a su evolución, no pueden hacer, por lo menos en el mismo nivel de complejidad y profundidad.

5. EL ESPÍRITU

Por último encontramos aquello de que solo participa el hombre, que no es una diferencia de grado, sino de orden, y es el espíritu:

Comprende el concepto de razón, pero que, junto al pensar ideas, comprende también una determinada especie de intuición, la intuición de los fenómenos primarios o esencias, y además una determinada clase de actos emocionales y volitivos que aún hemos de caracterizar: por ejemplo, la bondad, el amor, el arrepentimiento, la veneración, etc.¹³

Todos los grados anteriores, en los cuales participa el hombre son, de una u otra manera, de carácter natural o biológico, pues expresan relaciones o reacciones directas

¹³ *Ibid*, 54.

con un medio o una comunidad; pero este último grado es de carácter esencial, pues implica procesos interiores más complejos, menos inmediatos, y abre paso a innumerables expresiones de todo tipo: artísticas, religiosas, culturales o políticas, y que pueden ser tanto colectivas como individuales. Respecto a esto, Scheler hace referencia al mencionar la perspectiva naturalista del hombre en contraposición a una perspectiva más completa, que incluye su ámbito espiritual: “llamaré a este segundo concepto el concepto esencial de hombre, en oposición a aquel primer concepto sistemático natural”.¹⁴ Y es aquí donde podemos entender por qué al espíritu corresponde una diferencia de orden, y no de grado, pues los anteriores grados psico-físicos del ser se sucedían de manera progresiva, agrupando a los grados anteriores a sí, pudiéndose percibir una especie de progreso en cada nuevo grado. Pero al pasar al espíritu no se da un avance, sino que se adquiere algo diferente, pues este grado no está enfocado hacia una adaptabilidad biológica o un desarrollo de habilidades en función de la supervivencia; este grado es paralelo a la materialidad biológica, puede desprenderse de ella y contemplarla.

Como ejemplifica López, explicando a Husserl:

Tanto a la constitución de la intersubjetividad como de la subjetividad yoica en su nivel prerreflexivo se accede en una reconstrucción genética de la vida instintiva del sujeto desde el “comienzo trascendental”, como denomina Husserl (cf. *ibid.*) al nacimiento, en el cual empieza el desarrollo individual del cuerpo orgánico, su filogénesis biológica y psicológica.¹⁵

¹⁴ *Ibid*, 15.

¹⁵ Andrés Felipe López, “Vida humana fenomenológica: Balance sobre la relación entre sujeto humano y sujeto trascendental en la fenomenología de Edmund Husserl”. *Ideas y valores*, V 65, n°161 (2016): 165.

Es decir, el hombre hereda de manera biológica todos los grados psicofísicos anteriores, pero solo a partir del momento de su nacimiento va desarrollando su espiritualidad, pues esta, al pertenecer a un orden diferente, no va implícita solamente en los genes, sino que requiere de una reflexión, de un prestar atención a la individualidad, al sentimiento, a las sensaciones. Tal como dice el mismo López en otro de sus textos: “no solamente la naturaleza nos cambia, nosotros nos hemos cambiado a nosotros mismos en la salvaguarda de un horizonte creado; el hombre no es un ser vivo especializado biológicamente, sino culturalmente”¹⁶, y este cambio se da a partir de la reflexión.

El espíritu nos abre a nuevas posibilidades, nos lleva una percepción nueva del mundo, más amplia. Así llegamos, entre otras cosas, a hacernos de una capacidad estética, donde no solo se observa, sino que se contempla, y así el paisaje que antes se examinaba con intención de búsquedas útiles, ahora puede detenernos, petrificarnos, y antes de proceder con la exploración de dicho paisaje, nos atrevemos a hacer una pausa ante el asombro de algo a lo que hemos incluido en una categoría de belleza. Esta es una experiencia que no está enfocada a la supervivencia, sino al provecho individual, al placer.

Luego, puede decirse que el espíritu dota al hombre de la capacidad de salirse de sí mismo para autoanalizarse, autoevaluarse y reflexionar sobre sí; a la vez que le da la capacidad de ponerse en el lugar del otro para comprenderlo, puede, de alguna manera, experimentar la vida del otro porque la puede reflexionar, la puede interpretar y la puede entender. Y así como lo hace con el otro, también puede hacerlo con lo otro, es

¹⁶ Andrés Felipe López. Vida Humana Fenomenológica, Cuatro Estudios Sobre Edmund Husserl. (Medellín: Editorial Bonaventuriana, 2015), 177.

decir, el hombre tiene la capacidad de estudiar y comprender su entorno, las relaciones de codependencia entre este y entre sí, cómo este le afecta a él y cómo él le afecta a este. Mientras que un animal no analiza los efectos que sus acciones tienen en el entorno, gracias al espíritu el hombre puede hacerse consciente de los efectos que su modo de vida tiene sobre el medio ambiente, y puede adaptar sus costumbres, su modo de consumo y hasta su reproducción para vivir en armonía con su entorno. Pero para poder hacer esta reflexión, el hombre debe reconocerse como parte del mundo natural, como ser biológico, debe reconocer su parte animal, y con esto damos paso al siguiente punto.

LA ANIMALIDAD EN EL HOMBRE, TEMATIZADA DESDE LA ANTROPOLOGÍA FILOSÓFICA DE MAX SCHELER

En su introducción en *El Puesto del Hombre en el Cosmos*, Max Scheler habla de tres círculos de ideas que abordan al hombre en la tradición occidental. Él afirma que estas tradiciones han sido usualmente irreconciliables, y en el desarrollo de esta obra él logra hacerlas dialogar. Dichos círculos son: la tradición judeo-cristiana, con una mirada del hombre desde la teología, como ser caído; la tradición clásica antigua, que mira al hombre como un ser racional; y, por último, la ciencia moderna, que ve en el hombre un ser producto de procesos evolutivos de organismos ancestrales¹⁷.

A pesar de la reconciliación que logró Scheler entre estos grupos de ideas, en la opinión colectiva de las personas del común suele estar muy arraigada la visión de

¹⁷ Scheler, *El Puesto del Hombre en el Cosmos*, 11.

hombre como algo completamente ajeno a lo natural, como algo diametralmente opuesto. Y aunque el hombre está esencialmente en un nivel al que las demás especies biológicas aún no han llegado, materialmente pertenece al mismo ámbito, y no puede abstraerse de él, pues “él no se ha ‘desarrollado’ en absoluto a partir del mundo animal, sino que era animal, es animal y será eternamente animal”¹⁸.

Se hace una necesidad apremiante en la actualidad volver la mirada a esta conjugación que propone Scheler, pues el hombre, en su arrogancia y afán por ubicarse como el ser superior, ha solido negar su animalidad, aunque esta salga a relucir constantemente en su conducta. Pues aunque el hombre, a pesar de ufanarse de su capacidad racional, sigue cediendo ante sus impulsos y en muchas ocasiones se niega a razonar, se impone ante el otro, es indiferente a él, lo que demuestra que aún no ha superado dicha animalidad.

Y es que, al proponernos tomar al hombre como objeto de estudio, el primer lugar en el que se debe enfocar la mirada es en su biología, pues el hombre fue primero animal antes que hombre, y del reino animal heredó, no solo su corporalidad, sino también muchas de sus conductas, las cuales han llegado a desembocar incluso en expresiones culturales o personales. Al explicar una visión parcial del hombre en la que solo se le ve como un *homo faber*, Scheler dice:

No hay en el hombre y el animal diferencia de esencia; solo hay diferencias de grado. En el hombre, según esta teoría, actúan los mismos elementos, las mismas fuerzas y leyes que en todos los demás seres vivos; solo que con

¹⁸ Max Scheler. *Acerca de la Idea del Hombre*. (Buenos Aires: Editorial Nova, 1960), 64.

consecuencias más complejas (...) Toda el alma, todo el espíritu ha de comprenderse por los instintos y las sensaciones y sus derivados genéticos¹⁹.

Y aunque esta concepción del hombre percibe las facultades espirituales del mismo como simples rezagos instintivos, no podemos negar que acierta cuando afirma que el hombre, como ser biológico y natural, está regido por las mismas leyes por las que se rige toda la naturaleza, por lo que su actuar en la historia no le afecta solo a él, sino que también repercute en todo el entorno natural. De hecho, muchas de las instituciones formales desarrolladas por el humano son reflejo de su lado animal:

Nosotros rechazamos como un espiritualismo necio todas aquellas doctrinas que quieren definir, verbi gracia, la economía sin recurrir al impulso de nutrición, el Estado y las entidades semejantes a él sin recurrir a los impulsos de poder, el matrimonio sin recurrir a los impulsos sexuales. No tiene sentido afirmar que la economía no tiene en sí nada que ver con el impulso de nutrición y con la nutrición efectiva de los hombres.²⁰

Ya aquí se va notando por qué una buena antropología solo puede ser aquella que incluye los aspectos más generales del hombre, pues estudiarlo como un animal más impediría ver sus particularidades y por qué tiene una importancia destacada en el contexto de la vida. Pero estudiarlo como un ser que ya trascendió lo natural y es algo aparte, implica que el hombre se encierre en la burbuja de su vanidad. Así que explica:

No se trata, como un frecuente malentendido supone, de trazar los límites empíricos que distinguen al hombre de los animales más semejantes, por ejemplo, de los monos antropoides, determinando notas diferenciales

¹⁹ Max Scheler. *La Idea del Hombre y la Historia*. (Buenos Aires: Editorial Nova, 1960), 86.

²⁰ Max Scheler. *Sociología del saber*. (Virtual: Ediciones Elaleph, 2000), 7.

morfológicas, fisiológicas, psicológicas. Este método no lograría jamás contraponer el ‘hombre’ al ‘animal’ y a toda la naturaleza infrahumana en general²¹.

Pero, aunque no podemos separar al hombre del resto de seres vivos de nuestro planeta por sus constituyentes corporales, la diferencia sí empieza a dibujarse aquí (aunque no radica sólo aquí), pues el hombre es: “1º, el animal de señales (idioma); 2º, el animal de instrumentos; 3º, un ser cerebral”²². Y aunque este es un enunciado que Scheler atribuye a la visión más positivista del hombre, él mismo afirma que el cerebro es un elemento diferenciador entre este y aquellos, evidenciado, por ejemplo, en la diferente cantidad de energía que consume para este o para los otros, siendo el consumo energético mucho mayor en el hombre²³.

Así que el aumento de las proporciones del cerebro, su consumo de energía y el cómo influía en la supervivencia del hombre fue un componente fundamental en la evolución humana, y se expresó en el perfeccionamiento de conductas animales preexistentes, y es así como hace del uso de herramientas todo una técnica elaborada y compleja; y también como transforma la comunicación basada en sonidos en todo un lenguaje. A partir de esto podemos notar que el hombre no empieza a ser tal en un momento puntual, sino que todo lo que lo hace hombre tiene profundas raíces en conductas animales, y el espíritu, aquello que le es distintivo, es el resultado de una transformación paulatina de dichos rasgos animales.

Estos dos casos mencionados en el párrafo anterior son simples ejemplos de cómo el hombre ha mantenido conductas animales, aunque las ha dotado de sentido. En

²¹ Scheler, *La Idea del Hombre y la Historia*, 80.

²² *Ibid* 88.

²³ Scheler, *el Puesto del Hombre en el Cosmos*, 111.

el caso de la elaboración de herramientas, se trata de una conducta muy común entre algunos animales como los primates o las nutrias, que se valen de materiales que se encuentran en el entorno y que ellos usan con un fin práctico muy específico, como acceder al alimento. Pero el hombre ha adquirido la capacidad de transformar esos materiales para fabricar herramientas mucho más complejas, con fines más variados, e incluso, como afirma Scheler, puede tener más que una finalidad servicial y ser constituyente de cultura²⁴. De esto es resultado el arte, pues a través del uso de herramientas se obtiene un producto independiente de utilidad inmediata.

Muy similar es el caso del lenguaje en el hombre, pues son muchas las especies que se comunican por medio de sonidos específicos para determinadas situaciones, y esto como una manera de explotar el sentido de la escucha y sacarle el mayor provecho. Y, de igual manera que con el uso de herramientas, el hombre es heredero de esta habilidad de utilizar el sonido y la escucha, pero también ha podido llevar esto a un nivel más avanzado gracias a su desarrollo cerebral y a un desarrollo muy particular de sus cuerdas vocales, de donde pudo crear todo un lenguaje que le permite expresar desde las ideas más sencillas e inmediatas hasta las ideas más abstractas y complejas, permitiéndole comunicar dichas ideas, difundirlas, mantenerlas y modificarlas.

Y poco a poco hemos visto cómo el hombre aún conserva sus actitudes animales, aunque no solemos percibirlo con tanta facilidad porque estas actitudes han seguido evolucionando de manera muy específica en el hombre, y paulatinamente hemos notado, al abarcar todas esas conductas ya evolucionadas, cómo hay algo diferente, algo que abarcamos en la sección anterior y que es propio del hombre: el espíritu. Y se hace difícil descifrar si el hombre adquirió una capacidad espiritual que

²⁴ Scheler, a Cerca de la Idea del Hombre, 53

promovió que las actitudes animales se hicieran más complejas en él, o si, en el transcurso de su evolución, las nuevas habilidades que fue adquiriendo promovieron un surgimiento espiritual.

Fuera como fuera, más allá de las similitudes fisiológicas entre el hombre y el resto de seres vivos, gracias al espíritu el hombre ha llevado cada aspecto de su animalidad un paso adelante (tanto aspectos biológicos como comportamentales); aunque hay un suceso que es fruto netamente de su carácter espiritual y que en poco o en nada se relaciona con alguna conducta salvaje, de manera que es algo propio del ser humano:

Un hombre que comienza a ir más allá de sí mismo y a buscar a Dios es, entonces, precisamente un ‘hombre’, sea cual fuere su aspecto (...) Entre el ‘renacido’ y el ‘viejo Adán’, entre el ‘hijo de Dios’ y el fabricante de herramientas (*homo faber*) existe una diferencia esencial insalvable, entre el animal y el *homo faber*, en cambio, hay una diferencia de grado.²⁵

Scheler hace énfasis en la presencia de Dios como punto de inflexión y diferenciación, como máxima expresión de la espiritualidad. Y esa presencia de Dios tiene que ver con el surgimiento de la curiosidad humana, esa curiosidad trascendental que hace que el hombre se pregunte por su origen, por su proveniencia, pero no solo hace que se pregunte, sino que también busque respuestas a partir de la contemplación del cosmos, y que sus respuestas superen el mundo inmanente en el que se ubica y pueda plantear nuevos mundos, nuevos seres, incluso superiores. Y de la mano de estas capacidades, llegan también la consciencia y la libertad. Dicha curiosidad es fruto de la

²⁵ Scheler, a Cerca de la Idea del Hombre, 62-63.

toma de consciencia, y al hacer un ser consciente se hace un ser con la capacidad de distanciarse de determinados contextos, lo que está en relación con la libertad.

Fue necesario el transcurso de millones de años y muchos procesos químicos, físicos y psíquicos para que fuera posible la existencia de un ser consciente en este planeta, capaz de dotar de sentido la existencia a partir de la contemplación, y es importante resaltar la afirmación de López sobre el hombre:

Su constitución intersubjetiva entonces lo hace apto para desarrollar tareas infinitas y lo hace imprescindible en el mundo; el mundo solo es si hay seres humanos en él, solo es imaginable como un mundo en evolución y como reino de organismos porque él ha evolucionado hasta llegar al nivel del ser humano.²⁶

Resulta obvio, entonces, que una antropología que abarque exclusivamente los aspectos biológicos del hombre no es más que un estudio médico fisiológico, pues una verdadera antropología no puede excluir los ámbitos comportamentales del hombre, los cuales no pueden abarcar la animalidad del hombre y al mismo tiempo excluir su espiritualidad. De manera que resultaría ridículo afirmar que aquella pueda ser de modo alguno una antropología. Pero de igual manera es indebido plantear antropologías que se basen exclusivamente en los aspectos netamente humanos, echando en saco roto todas las reflexiones de Scheler compiladas en este trabajo, pues para comprender íntegramente al hombre es necesario hacer una arqueología de su naturaleza, y esto al mirar la ancestría animal del hombre y realizar paralelismos entre lo entendido por humano y lo salvaje, de donde se encontrarán muchas respuestas.

²⁶ López, Vida Humana Fenomenológica, 125.

Con lo anterior se da paso al siguiente punto a tratar.

LA RELACIÓN DEL HOMBRE CON LA NATURALEZA

Como ya hemos visto, el hombre, aunque sigue siendo un animal, se encuentra en un lugar diferente respecto a la evolución, y es por esto que la manera de relacionarse con el mundo es muy diferente entre el hombre y el animal.

El animal se ubica en un medio determinado y está físicamente adaptado a él, casi de manera exclusiva, por lo que si se le cambia de entorno es poco probable que sobreviva. A demás, el animal no es consciente de su entorno ni puede imaginarse otros entornos posibles. La relación del animal con su contexto es muy hermética, por lo que no le es posible ampliar su horizonte de relaciones cosmológicas, ni siquiera entenderlas o cuestionarlas.

Pero el hombre ha sido aquel ser que ha ido ampliando, poco a poco, su cosmovisión, gracias a la curiosidad, como impulso espiritual, y ha ido entendiendo cada vez más el mundo y descubriendo qué hay más allá. También ha podido adaptarse a todo tipo de entornos y ha logrado explotarlos de manera compleja y sistemática, en pro de su bienestar individual y del bienestar colectivo.

Sin embargo, el hombre no es un ser terminado, aún tiene mucho camino que recorrer en la vía de la evolución, y es que, escapándose a su consciencia, o a razón de ignorarla voluntariamente, tal explotación del medio ha resultado perjudicial para el

entorno mismo y los seres que lo habitan, y resultará perjudicial también para el hombre.

El espíritu y la consciencia le permiten al hombre ver al mundo de manera diferente, interpretarlo, explicarlo, entenderlo; y así lo ha venido haciendo: “El hombre conoce, sin duda, que no es más que el habitante de un pequeño satélite del sol”²⁷, y debe también reconocer que en cuanto hombre no es el culmen de la evolución (aunque ocupe un lugar singular), sino parte de ella; no es el culmen de la vida, sino una especie entre otras, ubicado en el mismo mundo en que ellas se encuentran. Y es allí donde debe radicar su relación con el mundo, y él puede transformarla si transforma su forma de pensar.

Y es que el hombre ha ido explotando cada vez más a la naturaleza, consumiendo sus recursos y adueñándose de los diferentes entornos. Como dice López respecto al horizonte natural: “si no puedo vivir en él porque soy demasiado vulnerable para sobre vivirlo, lo modifico a uno en el que yo mismo soy su agente”²⁸. Esta realidad se hace muy problemática cuando dicha modificación y explotación se dan a una escala tan grande que el medio ambiente no puede recuperarse, y es de allí de donde deriva la crisis ambiental que enfrenta el planeta, la cual requiere de medidas urgentes para ser contenida y revertida, pero ni los individuos ni los sistemas parecieran querer tomar un compromiso verdadero, y pareciera que el hombre negara su carácter espiritual y diera paso a sus instintos, pues insiste en explotar su medio de manera irresponsable y quiere mantener su economía particular y estatus social sin importarle las consecuencias. Entonces el hombre debe, nuevamente, cambiar su propio paradigma y seguir

²⁷ Scheler, *la Idea del Hombre y la Historia*, 76.

²⁸ López, *Vida Humana Fenomenológica*, 172.

evolucionando, a partir de la consciencia adquirida y de la observación y reflexión de la situación ambiental del planeta, para responsabilizarse de su propia supervivencia y la de las demás especies, pues al colonizar cada espacio de la tierra, se ha echado sobre su espalda la responsabilidad del planeta en su totalidad.

Así que, si el hombre se ciñe a su espíritu, puede alcanzar niveles de libertad mucho mayores y más abstractos, que le permitirán desligarse de ese círculo vicioso de explotación desmedida del mundo. Y es que los seres vivos son libres en cuanto a que están en relación directa a su medio, y el hombre es libre en cuanto a esto, pero también está en relación con sistemas y culturas, además es consciente de esta libertad, y puede tomar acciones en pro de la naturaleza o en contra de ella; pues como afirma Scheler: “Aquello que es llamado ‘libre’ debe aludir a algo, ya sea algo ‘del’ cual es libre, ya sea algo ‘para’ lo cual es libre. Y esta relación siempre tiene lugar dentro de una ‘conexión’, no interesa de qué tipo sea esta, de qué cosa sea una conexión”²⁹. En este caso, una conexión entre el hombre, la explotación de recursos y la naturaleza. También:

Si colocamos en el ápice del concepto de espíritu una función particular de conocimiento, una clase de saber, que sólo el espíritu puede dar, entonces la propiedad fundamental de un ser ‘espiritual’ es su independencia, libertad o autonomía existencial-o la del centro de su existencia-frente a los lazos y a la presión de lo orgánico, de la ‘vida’, de todo lo que pertenece a la ‘vida’ y por ende también de la inteligencia impulsiva propia de esta.³⁰

Podemos ir condensando todo lo anterior, correspondiente a esta sección, y con ayuda de la anterior cita, podemos afirmar que el ser humano puede valerse del espíritu

²⁹ Max Scheler. Fenomenología y Metafísica de la libertad. (Buenos Aires: Editorial Nova, 1960), 20.

³⁰ Scheler, el Puesto del Hombre en el Cosmos, 55.

para sustraerse de los sistemas o instituciones que propician la depredación del medio ambiente y emprender un nuevo camino con un nuevo propósito, que no sea la sobreexplotación sino el cuidado del planeta, la responsabilidad con este. Y el hombre está en plena capacidad de dar un giro a la situación ambiental actual, pues es “la X cuya conducta puede consistir en ‘abrirse al mundo’ en medida ilimitada”³¹. O sea que el hombre puede expandir su mundo, lo que le permite darse cuenta del daño que su estilo de vida hace al planeta, y puede prever y plantear soluciones acertadas.

Además, el hombre, que aunque ya lo sabe pero se niega actuar acertadamente, al atacar a la naturaleza también se hace daño a sí mismo, pues depende de ella directa e indirectamente, al ser ella la proveedora de elementos esenciales y materia prima. Entonces al transformarse la relación entre hombre y naturaleza, el hombre está también cuidando de sí, y como afirma López: “el ser humano es más una vida que un ser en el mundo; una vida intencional, atenta, de toma de conciencia”³². Es decir que el hombre es el ser capaz de cambiar el rumbo de sus acciones al tomar conciencia del lugar que ocupa su vida. Esto vale para cada aspecto de la vida del ser humano, incluyendo tanto su relación con la naturaleza como también la relación con los otros seres humanos, ya que, por lo anterior, el hombre adquiere la responsabilidad de cuidar del mundo y de cuidarse a sí mismo.

A partir de lo anterior podemos afirmar con Scheler que el hombre es “el asceta de la vida”, pues puede poner pausa al ritmo de su propio ser y hacer una introspección, una *epoché*, para tomar decisiones meditadas e, incluso, cambiar de rumbo, y es por eso que Scheler afirma:

³¹ Ibid, 58.

³² López, Vida Humana Fenomenológica, 128.

El hombre puede reprimir y someter los propios impulsos; puede rehusarles el pábulo de las imágenes perceptivas y de las representaciones. Comparado con el animal, que dice siempre 'sí' a la realidad, incluso cuando le teme y rehúye, el hombre es el ser que sabe decir no, el asceta de la vida, el eterno protestante contra toda mera realidad³³.

Y ya que puede protestar contra la mera realidad, también puede imaginar nuevas realidades y transformar la actual para llegar a aquellas, por lo que no es imposible que el hombre transforme y mejore su relación con la naturaleza, y es su deber hacerlo pronto, para frenar la extinción de especies, para evitar la reducción de las regiones naturales vírgenes. Aunque la crisis ambiental siga empeorando, el hombre encontrará la forma de sobrevivir a ella y transformar los escombros en sustento, por lo que la motivación para dicha transformación no debe ser exclusivamente de carácter egoísta, con la finalidad de salvarnos de un desastre, sino que el hombre debe estar dispuesto a reflexionar y debe reconocer la importancia de la vida, debe tener una capacidad mística para ver en la vida (a demás de la suya o de la humana misma) una especie de milagro, una expresión artística, una sinfonía ordenada, que debe valorar y cuidar más allá de una posible utilidad. Si el hombre tiene capacidad espiritual para crear, transformar, sentir, ser libre, pues debe llevarla más allá de los asuntos humanos para encontrar un equilibrio con el mundo y para poder apreciarlo mucho más de lo que ya lo ha hecho, y seguirse asombrando de él.

³³ Scheler, *el Puesto del Hombre en el Cosmos*, 78.

CONCLUSIÓN

La evolución es una característica inseparable de la vida, de hecho, se ha incluido a la hora de intentar dar una definición científica de la vida. Y aunque es un proceso evidentemente físico, también puede traer consigo transformaciones psíquicas y esenciales que cambian la manera en la que el individuo percibe al mundo y se relaciona con él.

El *homo sapiens* es una de tantas especies que ha resultado del largo camino que ha recorrido la vida en la tierra, pero este ha logrado alcanzar niveles que ningún otro ser vivo de este planeta había llegado a alcanzar, y se ha convertido en el hombre, el ser racional. Gracias a que el hombre ha podido desarrollar una característica que Scheler llama espíritu, aquel llega a niveles trascendentales de sentido, consciencia y libertad. A partir de entonces, el hombre puede plantearse visiones globales del universo, donde puede reflexionar todo lo que ve y lo que no puede ver.

Sin embargo, al haber aprendido a dominar su medio, el hombre pareciera que se hubiera olvidado de su pertenencia al reino animal y ha querido abstraerse de él, a menudo aludiendo a la vida animal como inferior, casi que dándole un carácter indigno. Además ha explotado los recursos naturales a niveles extremos y peligrosos.

Por eso es importante que el hombre, como parte de su evolución continua y valiéndose de su grado espiritual, se haga cada vez más consciente de la necesidad de un cambio de paradigma, en el cual se reconozca como un ser que hace parte de la naturaleza, y a partir de esto transforme su manera de relacionarse con la misma, aprovechando lo que ella le brinda, pero cambiando sus hábitos de consumo en favor de

un aprovechamiento consciente, responsable y sostenible, haciendo honor al título que Scheler le da de “asceta de la vida”.

Y no solo es necesario que el hombre transforme su relación con el mundo, además de esto, también es necesario ampliar el horizonte de la antropología, de manera que toda antropología que se haga también tenga en cuenta los presupuestos abordados en este trabajo, es decir, visualizar al hombre globalmente, no solo como ser social, ser espiritual o ser cultural, sino como todo esto y también como ser natural, pues al hacer arqueología de este ámbito suyo, pueden encontrarse las raíces de muchos de sus comportamientos. No solo las especies evolucionan, también lo hacen los hábitos y las costumbres, por lo que la evolución puede ser también una directriz para la antropología.

Bibliografía

Darwin, Charles. El Origen de las Especies. Bogotá: Comcosur, 2017.

López, Andrés Felipe. “Vida humana fenomenológica: Balance sobre la relación entre sujeto humano y sujeto trascendental en la fenomenología de Edmund Husserl”. Ideas y valores, V 65, n°161 (2016): 157-184.

López, Andrés. Vida Humana Fenomenológica: Cuatro Estudios Sobre Edmund Husserl. Medellín: Editorial Bonaventuriana, 2015.

Madigan, Michael, John Martinko, Paul Dunlap y David Clark. Brock: Biología de los microorganismos. Madrid: Pearson educación, 2009.

Scheler, Max. El puesto del hombre en el cosmos. Madrid: Revista de occidente, 1936.

Scheler, Max. Sociología del Saber. Virtual: Ediciones Elaleph, 2000.

Scheler, Max. Acerca de la Idea del Hombre. En *Metafísica de la libertad*. Buenos Aires: Editorial Nova, 1960.

Scheler, Max. La Idea del Hombre y la Historia. En *Metafísica de la libertad*. Buenos Aires: Editorial Nova, 1960.

Scheler, Max. Fenomenología y Metafísica de la libertad. En *Metafísica de la libertad*. Buenos Aires: Editorial Nova, 1960.